

MASSIMO GEZZI, *El instante después*, edición, prólogo y traducción de Juan Carlos Abril, Torrelavega, Quálea Editorial, 2012, 155 págs.

Desde hace unos meses, los lectores de poesía tenemos la posibilidad de acercarnos a la voz de un poeta más que interesante y no sé hasta qué punto suficientemente difundido: el italiano Massimo Gezzi (Sant'Elpidio a Mare, 1976).

Bellamente editado por Quálea Editorial y hermosamente traducido por el poeta Juan Carlos Abril, se nos presenta en edición bilingüe *El instante después*: hermoso poemario que, dividido en cinco partes, se erige como una inteligente reflexión sobre el paso del tiempo.

Partiendo de un poema inaugural en el que una sacudida repentina supone la despedida de un mundo y un tiempo anteriores, incapacitados de seguir amando cuanto fuera nuestro mundo hasta ese instante, no sin dolor, hacemos las maletas e iniciamos, el viaje. Más adelante sabremos que “ciertas direcciones son modos / improvisados de quedarse en equilibrio” (“Direcciones”, p. 57), es decir, que nuestras vidas suponen un viaje permanente, un constante improvisar buscando hallar, reencontrar el equilibrio dentro de la marejada del tiempo.

A lo largo del poemario, la voz poética reflexiona sobre el paso del tiempo, pero no un tiempo idea, abstracto, sino “el tiempo cotidiano” (p. 23): un tiempo materializado en gestos y espacios humanos, en la vida cotidiana. Este es el punto de partida de la mayor parte de los poemas.

Así, el tiempo, su paso, motivan una constante metamorfosis en los seres y objetos que, de uno u otro modo, llegan a compartir espacio y tiempo con la voz poética. Estos “Hallazgos” (p. 25) desatan la memoria, la reflexión desde el presente sobre lo que fue con vida, al tiempo que se hace manifiesto (“en la tierra se leen muchísimos acontecimientos”) el carácter cognoscitivo del contemplar. Para Gezzi, el contemplar supone leer el mundo: saber, comprender. En esta idea reincide en poemas como “En el muelle de Civitanova” (p. 31) o “Mandamiento” (p. 39), cuando la voz poética haga un repaso de las imágenes encontradas, antes de regresar al viaje y no sin antes advertirnos de “no perder de vista nada” porque “no vuelve nunca nada”. El paso del tiempo, aunque tratado con serenidad, implica por

tanto una despedida constante, un estar atento a todo lo que se pierde, se está yendo, en cada día, en cada gesto, en cada instante.

Y el ver, aparte de ser puente necesario para llegar al conocimiento, implica, necesariamente, además, sentir. “He visto, he sentido”, enuncia la voz en “Una respuesta” (p. 51), al tiempo que rompe su enclaustramiento en el yo para pedir “que alguien me diga qué falta, y dónde”, para salir al encuentro de los otros, llamarlos y entender “qué buscan y qué / han encontrado”, mientras se nos indica que también por las manos, por el tacto, se puede llegar a conocer, siempre y cuando sepamos distinguir entre peso (conocimiento) y espesor (apariencia).

Aunque rápidamente, la voz –esta voz reflexiva y nada ingenua– nos hace partícipes de sus limitaciones, sabe que nuestra comprensión del mundo es siempre limitada: “Comprendemos siempre poco” (“Promesas”, p. 97)

Pero, ¿quién es la voz que nos habla a lo largo de este conjunto unitario de poemas donde lo narrativo, el tono meditativo y un lirismo sin estridencias, generan una obra sensible y bella a partes iguales?

Se trata de la voz de un hombre contemporáneo, ciudadano, incapaz de participar en los ciclos del medio natural. Una voz atenta a cuanto sucede a su alrededor, a lo cotidiano. Una voz que en “En el muelle de Civitanova” (p. 31) expresa su apuesta vital por el hombre: “No creer en nosotros sería / el mayor crimen”; la confianza ciega del hombre en su permanencia: “los hombres cierran / la puerta a sus espaldas seguros de reabirla / a la mañana siguiente” (“Promesas”, p. 97). Una voz que, en “La semilla del tilo” (p. 47), lamenta la separación insalvable que en nuestro mundo se ha establecido entre el hombre y la naturaleza, que el ser (“en cambio soy un hombre de ciudad”) no pueda salvar una semilla de tilo caída en su pelo y haya de dejarla en la terraza, en espera de algún viento que la lleve a tierra fértil, lejos del asfalto; una voz que celebra la belleza del mundo cuando afirma: “Vendrán a esta playa / hombres y niños: reirán en la luz, / sin que un no a todo esto pueda ser / un no de verdad” (“El amor, los cromosomas”, p. 45); y que en la belleza inesperada que le sale al paso encuentra “una ilusión de rescate” (“Morales”, p. 113), olvida sus servidumbres y encuentra una puerta por la que acceder al conocimiento: “que por un instante he olvidado / horarios correspondencias / y he aminorado para comprender”. Una voz que sabe que la naturaleza es más fuerte, regresa siempre, es más constante que cualquier esfuerzo humano por domeñarla: “la tierra

trabajada / perderá cualquier apariencia y será / otra vez maleza, como el coche del abuelo” (“La memoria de una tierra”, p. 33); y, además, como se afirma en “Catorce hojas” (p. 41), a diferencia del hombre, no emplea demasiado tiempo en entender.

Una voz consciente de su oficio que, en las diferentes poéticas que nos propone, reflexiona sobre la labor del artista. Así, si en “Observando a la Madonna de Senigallia” (p. 123) señala que el artista es quien es capaz de atrapar la belleza, la verdad del mundo (“aquel rayo”) y llevarlo a su obra; en “Dar razón” (p. 75) indica que el arte ha de buscar fijar lo fugaz y en “Ladrillos” (p. 77), poema que da título a la segunda parte, afirma: “Yo con la poesía quisiera hacer ladrillos”, es decir, algo sólido donde la vida encuentra albergue; un lugar (el poema) que “cuenta más que las palabras / que lo imitan apoyándose / una sobre otra”.

Una voz escindida: “Yo estoy dividido por un muro” (“A distancia de muros”, p. 89); una vida común, poseedora “de una historia como tantas”, en un mundo –el de las ciudades– dividido por muros, en bloques. Un mundo donde el hombre busca en el interior de los apartamentos “las infinitas casillas de cemento y vidrio”, refugio, seguridad, frente a la oscuridad profunda que reina fuera, en la noche. La voz del hombre contemporáneo, el gran contemplador de las vidas de enfrente, el solitario “que quizá, como tú, está buscando un abrazo” en la noche occidental (“La tempestad” p. 107), la víctima del insomnio que poco antes del instante después se despide de “las habitaciones que ocupábamos nosotros”, las mismas que pronto serán ocupadas por otros.

Concluiré diciendo que, si una obra de arte es siempre un don, un presente que nos hace la vida, *El instante después*, en su bella factura, con su apuesta vital, es un hermosísimo presente: una obra de arte que merece ser leída con atención, no una, sino varias veces. Una voz en un mundo saturado de ecos.

DIEGO DE LA TORRE